EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS
Y
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

¡PEQUEÑECES!

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS MAVILLARD Y RAFAEL RAMIREZ



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, 2.°

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.°

1892

Al socio fundador de
1ª clase [illegible]
de la nunca bien
ponderada sociedad
Velo-[illegible]-[illegible]
Rafael

¡PEQUEÑECES!

¡PEQUEÑECES!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS MAVILLARD Y RAFAEL RAMIREZ

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO LARA el día 5 de Abril de 1892.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA RITA	SRA.	VALVERDE.
MICAELA	»	PINO.
TADEA	»	LARXÉ.
JUAN	SR.	ROSELL.
LUCIO	»	LARRA.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

A DON MATIAS PADILLA

En testimonio de verdadera amistad,

Los Autores.

ACTO ÚNICO

Sala de paso modesta. Sillas de Vitoria, etc., etc. Puerta al foro y tres laterales. Balcón en el segundo término de la derecha.

ESCENA PRIMERA

DOÑA RITA y JUAN

RITA. Nada, le digo á usted que de hoy no pasa. Bastante paciencia he tenido.

JUAN. Pero considere usted, doña Rita...

RITA. No considero nada; es decir, no puedo considerarle más.

JUAN. Usted que es tan buena, que en sus cuarenta años... es decir, creo que son cuarenta.

RITA. Le he dicho á usted que me planto.

JUAN. ¿En esa edad?

RITA. En la resolución de que se marche usted de mi casa. Ayer me dijo usted que hoy me pagaría los tres meses de pupilaje que me debe, y puesto que hoy no me paga...

JUAN. Me arroja usted á la calle, ¿no es eso?

RITA. Me lo ha quitado usted de la boca.

JUAN. Lo que yo quiero quitarla á usted es la manía de que me arroje de aquí por semejante pequeñéz. Comprenda usted que con estos fríos...

RITA. Lo siento mucho; pero la habitación de usted la ocuparán hoy mismo, y no es justo .. Demasiado me ha quitado usted.

JUAN. ¿Yo?

RITA. Me ha quitado usted tres meses.

JUAN. Esa es otra pequeñéz, doña Rita. ¿Qué significa tres meses más ó menos en sus años?

RITA. Me refiero á los panecillos.

JUAN. ¿Los de San Antón?

RITA. A los que se ha comido usted en mi casa todos los días.

JUAN. ¡Ah! ¿Pero tenían tres meses?

RITA. No tengo ganas de broma. Demasiado ha comido usted en esta casa.

JUAN. ¿Demasiado? Usted me dijo al entrar en su casa que me daría desayuno, almuerzo, comida con principio y media tostada con café de cena. El desayuno me lo suprimió usted al segundo día, y en la comida principió usted por suprimirme el principio, y si es en la cena, jamás ví ni el café ni la tostada; es decir, la tostada la ví, ó sea la intención de que me muriera de hambre, y eso no fué lo tratado.

RITA. Tampoco fué lo tratado de que usted no me pagara.

JUAN. Es que mi situación no me lo permite hoy.

RITA. Trabaje usted.

JUAN. Ya trabajo.

RITA. Con los dientes.

JUAN. No señora; con los dientes, no.

RITA. ¡No sé entonces con qué!

JUAN. Con la mano.

RITA. ¿Con qué mano?

JUAN. Con esta, que se mueve á impulso de mi talento, y no tardará muchos días en terminar un precioso drama

que me dará mucha gloria primero y muchos garbanzos después.

RITA. Garbanzos también le he dado yo á usted, ¡y bastantes!

JUAN. ¿A que ha sido usted capáz de contarlos? ¿Y qué valen esos garbanzos que usted me ha dado, comparados con el soneto que la escribí á usted el día de su santo, llamándola princesa, reina...

RITA. Diciéndome muchas barbaridades.

JUAN. ¿Usted se figura que yo le digo á cualquiera lo que la dije á usted en aquellos catorces versos? Aún lo recuerdo. ¡Vaya un soneto!

¡Oh, tú, mujer hermosa! ¡Oh, tú, mi fe!
¡Oh, tú, que eres del bien vivo retrato!
¡Oh, tú, la que me das liebre por gato!
¡digo, gato por liebre; escúchame!
¡Oh, tú, quien despreció siempre el corsé!
¡Oh, tú, la que no pasas un buen rato,
siempre que se te afloja algún zapato,
porque tienes, ¡oh, tú! pequeño el pié!
Oye, ¡oh, Rita de mí! triste quejido;
oye, ¡oh, tú! la de cara retrechera,
un largo y melancólico gemido.
Pues si envidia tu talle la palmera,
¿por qué no echas más carne en el cocido
y así será el cocido de primera?

RITA. Si eso no es decirme barbaridades, que venga Dios y lo vea.

JUAN. Yo, la verdad, hasta en verso la he pedido á usted que mejorara la alimentación; pero ni por esas. Verdad es que decirla á usted versos, es como ponerle de pienso á un caballo cinco ó seis langostas á la mayonesa.

RITA. Pero...

JUAN. ¡Ah! Y eso que una vez me pidió usted unos versitos para felicitar al casero con motivo del casamiento de

su hija con aquel chico mogón del derecho, sobrino de Cayetano Sanz; también es verdad que me los pagó usted. Recuerdo perfectamente que por tres quintillas que la hice, me puso usted aquel día para almorzar un plato fuerte.

RITA. ¿Chuletas, verdad?

JUAN. No señora, un plato de hojadelata que le regaló á usted el padre del mogón, lleno de patatas cansadas de vivir en el mundo.

RITA. ¿Cómo?

JUAN. Fritas.

RITA. Bueno, bueno; no tengo ganas de conversación. Lo que yo no permito es que siga usted en esta casa; por lo tanto, puede usted recoger la sombrerera y los cinco ó seis folletines que están sobre el velador, y marcharse á la calle.

JUAN. Pero calcule usted...

RITA. No calculo nada. Hoy espero á un huésped que me envía don Ceferino, y no voy á perder la ocasión de uno que pague por usted que tanto me debe.

JUAN. Pero...

RITA. No hay pero que valga. Yo voy á salir, y cuando vuelva, necesito tener la habitación desocupada. ¿Lo oye usted?

JUAN. Corriente; toda vez que usted se empeña en que me marche, me marcharé.

RITA. Pero en seguida.

JUAN. Sí, sí señora; en seguida que arregle el equipaje. (Como no me saquen á tiros...) (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA II

DOÑA RITA; á poco MICAELA y JUAN, al paño.

RITA. ¡Pobrecillo! La verdad es que me da mucha lástima de su situación; ¡pero si una fuera á compadecerse de todo el mundo!... (Campanilla.) Llaman. ¿Si será el

huésped que me anuncia don Ceferino? (Vase volviendo á poco con Micaela.) Sí señora. Pase usted.

MIC. ¿Usted es?...

RITA. La dueña de la casa.

MIC. Por muchos años.

RITA. No señora, por pocos.

MIC. Digo, que por muchos años lo sea usted.

RITA. ¡Ah! Muchas gracias.

MIC. Pues yo venía... á ver si nos arreglábamos en el pupilaje.

RITA. ¿Y por que no?

MIC. Pues usted dirá...

RITA. Yo doy dos comidas, almuerzo con platos fuertes... Comida con principio, desayuno y café con media tostada de cena.

MIC. Yo no necesito nada de eso.

RITA. ¿Usted no come?

MIC. Sí señora; pero lo hago... allí.

RITA. ¿Dónde?

MIC. En la Fábrica de Tabacos; como mayormente es donde me paso *tó* el día... ¿Sabe usted?

RITA. No; no lo sabía.

MIC. Así es, que lo que yo deseo es únicamente una habitación para dormir.

RITA. Pues nada; vea usted ésta (Primera puerta de la derecha.) y...

MIC. Le advierto á usted que alguna vez vendrá á verme mi familia.

RITA. Bueno.

MIC. Se lo digo á usted porque mi familia es muy numerosa, y tengo una infinidad de primos, que son con los que suelo salir todas las noches.

RITA. ¿Con todos?

MIC. No señora; unos días con unos y otros días con otros.

RITA. (Me escamo.) Y teniendo usted tantos primos, ¿por qué no vive usted con la familia?

MIC. Eso quiere ella; pero es lo que yo digo: la familia es buena para visitarla, y nada más.

RITA. Bueno; pues vea usted la habitación y...

MIC. ¿Será grande?

RITA. Ya lo creo; esta casa, como antigua, es muy grande y todas sus habitaciones muy espaciosas...

MIC. Lo digo, porque como tengo que meter... muchas cosas... ¿Sabe usted?

RITA. Descuíde usted, que por muchos líos que usted tenga...

MIC. ¿Cómo líos?

RITA. Quiero decir, bultos; ¿porque usted tendrá bultos?

MIC. ¡Pichs!... algunos. Pero lo principal es que el cuarto tenga claridad, porque para levantarme temprano...

RITA. ¡Ah! sí señora. Le digo á usted que es una gran habitación, con su buena cama y con unas vistas...

MIC. ¿De hilo?

RITA. No, de día. ¡Ay! pero ahora que me acuerdo, no puede usted verla hasta dentro de un rato, porque la está ocupando un huésped que se marcha hoy mismo.

JUAN. (Al paño.) (¡Uy, la Micaela!)

RITA. (Así pensaré si me conviene esta mujer ó no.)

MIC. Es igual; yo volveré luégo.

RITA. Cuando usted quiera.

MIC. No se moleste usted. (Al ver que la acompaña hasta el foro.)

RITA. No, si es que yo también me voy á la calle.

MIC. ¡Ah! entonces... (Vanse.)

ESCENA III

JUAN, y á poco LUCIO

JUAN. ¡Jesucristo! La Micaela en esta casa; si se entera de que yo vivo aquí, la hacemos buena, es decir, la hacemos peor de lo que es. Ahora sí que me marcho; lo que nunca hubiera conseguido doña Rita, me obliga la Micaela. (Campanilla.) ¿Llaman? ¿Si será doña Rita? Pero no es muy pronto, y además, que ella se lleva

siempre el llavín. (Campanilla.) ¿Otra vez? ¿Si será la Micaela? Y es el caso que si yo no abro, no hay quien lo haga. Miraré por el ventanillo, y según quien sea... eso es lo mejor. (Vase y vuelve con Lucio.) Sí señor; pase usted, que doña Rita del Olmo no puede tardar. Usted es...

LUCIO. El huésped que recomienda don Ceferino.

JUAN. ¡Ah! ¿Don Ceferino? (El que dijo doña Rita. ¡Qué idea se me ocurre!) ¡Cuánto me alegro! ¡Pues poco que le echábamos á usted de menos!

LUCIO. ¿Pero sabe usted quién soy?

JUAN. Ya lo creo; pues... el huésped que recomienda don Ceferino, ¿no es eso? ¿Y qué tal, qué tal se encuentra don Ceferino?

LUCIO. Pues como siempre, sufriendo el pobre mucho.

JUAN. ¡Válgate Dios! La verdad es, que él no quiso hacer caso; pero si hubiera tomado mis consejos, no se hallaría hoy en la situación en que se encuentra.

LUCIO. ¿Pues cómo se encuentra?

JUAN. ¿No dice usted que sufriendo mucho?

LUCIO. Muchísimo.

JUAN. Pues ya vé usted. No, y de esta se muere.

LUCIO. Pues lo que es su salud...

JUAN. ¡Ah! Esa se va detrás de fijo. Le quiere tanto...

LUCIO. ¿Quién?

JUAN. Salud, su mujer.

LUCIO. ¿Su mujer? Pues si es soltero.

JUAN. ¡Ah! ¿Pero no se ha casado?

LUCIO. ¿A los sesenta años?

JUAN. ¿Sesenta? Pues cuando yo le conocí era más joven.

LUCIO. Indudablemente.

JUAN. No, quiero decir que parecía más joven; lo más que representaba tener... unos cuarenta años.

LUCIO. Pues ahora representa ochenta lo menos.

JUAN. ¡Pobre don Ceferino, yo siempre le he querido mucho!

LUCIO. Por lo visto, es usted antiguo...

JUAN. ¡Hombre! no tanto como don Ceferino, pero...

LUCIO. Digo aquí; en esta casa.

JUAN. Eso sí, mucho.

LUCIO. Lo celebro, porque esa es la mejor recomendación que se puede hacer de una casa. ¿Y cuánto paga usted, la verdad?

JUAN. ¡Yo! Nada.

LUCIO. ¿Nada?

JUAN. Nada; porque yo... no soy huésped; yo soy... el marido de doña Rita.

LUCIO. Hombre Pues don Ceferino nunca me ha hablado de usted.

JUAN. Porque entonces no vivía.

LUCIO. ¿Usted?

JUAN. No, él.

LUCIO. ¿El?

JUAN. Digo, no, yo. (¡Uy! ¡en qué lio me he metido!)

LUCIO. No comprendo ..

JUAN. Yo le diré á usted. Digo que no vivía... casado, porque en aquella época no me había casado aún.

LUCIO. ¡Ya! Pues celebro entenderme con usted, porque al fin los hombres se entienden mucho mejor. Conque vamos á ver si nos entendemos.

JUAN. Pues ya lo creo. Desde luego.

LUCIO. Bien; ¿pero el trato?...

JUAN. Muy bueno; mi mujer trata muy bien á todos sus huéspedes. Desayuno, almuerzo con dos platos, comida con principio...

LUCIO. Y postres.

JUAN. Desde luego. Pasas, higos ó frutas del tiempo.

LUCIO. Sí, vamos; uvas, manzanas, peras...

JUAN. ¡Peras, no!

LUCIO. ¡Ah! pues yo las pediré.

JUAN. Hará usted mal.

LUCIO. ¿Por qué?

JUAN. Porque mi mujer, es Rita del Olmo.

LUCIO. ¿Y qué?

JUAN. Que eso sería pedirle peras al Olmo.

LUCIO. ¡Qué ocurrencia! Y tocante al precio...

JUAN. ¿Cuánto está usted dispuesto á dar?

LUCIO. Hombre, quisiera pagar poco.

JUAN. Pues... lo que usted quiera. (Yo le saco á éste dinero.) Basta que venga usted recomendado por don Ceferino, para que se le sirva. Pague usted cuatro pesetas... y no hablemos más.

LUCIO. ¿Por los dos?

JUAN. ¿Qué dos?

LUCIO. Mi señora y yo. ¿No lo decia mi amigo en su carta?

JUAN. No; sin duda á don Ceferino se le olvidó hablar de su señora de usted.

LUCIO. Pues sí señor, vengo con ella, sólamente que se ha quedado en el café de la esquina; pero ya que nos hemos arreglado...

JUAN. Sólo falta formalizar el pupilaje, no crea usted que es desconfianza; pero la costumbre...

LUCIO. ¿Qué?

JUAN. Dar alguna cosa adelantada. Una semana.

LUCIO. ¡Ah! sí señor; no tengo inconveniente. (Sacando de una cartera un billete de cincuenta pesetas.)

JUAN. (¡Si viniera ahora doña Rita!)

LUCIO. Tenga usted.

JUAN. Luégo le daré á usted lo restante, porque ahora...

LUCIO. Bueno. (Pausa.) ¿Y tienen ustedes muchos huéspedes?

JUAN. Pocos. En esa habitación (Primera de la derecha.) una señora sola y nada más. (Campanillazo.)

LUCIO. Ahí está mi mujer. La conozco en el modo de llamar.

JUAN. (O doña Rita ó la Micaela.) Pues me va usted á hacer el favor de abrir la puerta; porque como yo no la conozco...

LUCIO. Sí señor. (Vase por el foro.)

JUAN. ¡Ya tengo dinero! ¡Ya tengo dinero! Ahora sí que me marcho á escape de esta casa. Cualquiera me tose á mí con diez duros. (Tose dentro Tadea, y Juan se asusta, yendo al foro.) Creí que era doña Rita.

ESCENA IV

DICHO, TADEA y LUCIO

TADEA. Parece mentira que seas tan calmoso; esperándote cerca de una hora, con todo esto.

LUCIO. Pues déjalo aquí, puesto que ya estamos en nuestro domicilio.

TADEA. ¿Pero es este?

LUCIO. No, mujer; yo creo que no... (A Juan.) ¡Chist! .. Oiga usted.

JUAN. ¿Eh?

LUCIO. Diga usted, ¿nuestra habitación, cuál es?

JUAN. (Después de vacilar.) Esta. (Por la primera de la derecha.) (No sé si será ésta; pero ahí los meto.) Pasen ustedes. (Vanse.)

ESCENA V

JUAN; á poco DOÑA RITA

JUAN. Ahora, que se arreglen como quieran. Después de todo, yo no pierdo nada, al contrario, me he ganado cincuenta pesetas. Bien es verdad, que por menos, no hubiera yo pasado por marido de doña Rita. Voy á coger la sombrerera, y á la calle antes que vuelvan. (Entra por la primera de la derecha y sale.) ¡Ajajá! No va á ser mal mico el que se van á llevar con el billete. Ahora, que me busquen. (Ya dentro.) ¡María Santísima, que ya están aquí. (Vase por la segunda de la izquierda.)

RITA. ¿Se habrá marchado ya ese hombre? (Mirando en la primera de la derecha.) Nadie. ¡Pobrecillo! Me alegro de que no se haya despedido de mí... porque si no... me enternezco y no se marcha. (Campanilla.) Ese debe ser el huésped que me recomienda don Ceferino. (Vase.)

ESCENA VI

DOÑA RITA y MICAELA; á poco JUAN

MIC. Ya estoy de vuelta. ¿Se ha marchado ese caballero?

RITA. Sí señora. Vaya usted viendo la habitación, mientras yo voy á cerrar la puerta. (Vanse, por la primera de la derecha Micaela, y por el foro doña Rita.)

JUAN. (Saliendo.) ¡Pero señor, qué desgracia! Precisamente cuando ya estaba decidido á marcharme... ¡Uy, doña Rita! (Entra precipitadamente en la primera de la izquierda, oyéndose dentro la voz de Tadea que grita: «¡Ay!» Sale Juan.) ¡Jesucristo! Ya no me acordaba de esta gente. (Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA VII

DOÑA RITA y LUCIO; después, según se indique, JUAN, MICAELA y TADEA

RITA. Me pareció oir...

LUCIO. Esto no lo paso.

RITA. ¡Caballero! ¿Por dónde ha entrado usted?

LUCIO. Déjeme usted, señora.

RITA. ¡Cómo que le deje! ¿Quién es usted?

LUCIO. ¿Y á usted qué le importa?

RITA. Es que estoy en el derecho de saber...

LUCIO. Y yo también en el de saber quién ha entrado en mi habitación, estando mi señora en paños menores.

RITA. (¡Su habitación! ¡Su señora! ¡Un hombre!) ¿Pero está usted loco?

LUCIO. ¡Loco de indignación, sí señora!

RITA. Pero, ¿qué es usted?

TADEA. (Dentro.) ¡Lucio!

LUCIO. Ya lo oye usted.

RITA. ¿Qué ha dicho?... ¿Sucio?

LUCIO. ¿Cómo sucio? Pero en fin, lo que me importa es saber quién ha sido el insolente que se ha permitido pasar esa puerta sin deber.

RITA. Nadie, porque en esta casa no hay hombres.

LUCIO. ¿Conque no, eh? Ahora lo vere mos. (*Medio mutis.*)

RITA. ¿Qué va usted á hacer?

LUCIO. A registrar toda la casa, y como dé con él. . aunque sea el amo, me las paga. (*Vase por el foro.*)

RITA. (¡El amo!) Pero caballero, explíqueme usted por qué razón... (*Vase tras de Lucio.*)

JUAN. (*Saliendo.*) ¡Uy, qué situación! ¡Dios mío, si me encuentran, soy perdido!

TADEA. (*Dentro.*) ¡Lucio! ¡Lucio!

JUAN. Vuelven. (*Vase precipitadamente por la segunda de la derecha.*)

TADEA. (*Saliendo.*) Lucio, no te incomodes... Pues si no hay nadie. ¿Dónde se habrá metido? ¡Lucio! ¡Lucio! (*Vase por el foro de la izquierda.*)

ESCENA VIII

JUAN y á poco TADEA; después MICAELA y DOÑA RITA

JUAN. ¡Jesucristo! Por poco no me tropiezo con esa señora. Me veo acometido por todas partes. Ya no sé dónde meterme. ¡Ah, qué idea! ¡Ahí sí que no me encuentran! (*Sale corriendo al foro y tropieza con Tadea.*)

TADEA. ¡Lucio! Animal.

JUAN. Usted dispense.

TADEA. (*Sujetándole.*) ¿Dónde va usted?

JUAN. Pues... no se puede decir.

TADEA. Usted sabrá dónde está mi marido.

JUAN. Yo que sé, señora; búsquelo usted.

TADEA. ¡Pues me gusta la manera que tienen de tratar en esta casa á sus huéspedes... (*Vase por la primera de la izquierda.*)

JUAN. Ahora no hay nadie. ¡Ea! A la calle.

MIC. ¡Juan!

JUAN. (Me pilló.)

MIC. ¿Pero cómo estás aquí?

JUAN. Pues mal, tan mal, que me voy.

MIC. Quiero decir, que por qué estás.

JUAN. ¡Ah! pues porque no he podido irme antes.

MIC. ¿A dónde?

JUAN. A la calle.

MIC. ¿A qué?

JUAN. Pues... á pasearme.

MIC. ¿Con la sombrerera?

JUAN. (¡Uy, es verdad!)

RITA. (Saliendo.) ¡Qué veo! ¿Todavía está usted aquí?

JUAN. (Me encunaron.) Sí... sí señora, y eso que he hecho todo lo posible por no estar.

RITA. Pues ya se está usted marchando.

JUAN. Precisamente no estoy deseando otra cosa. (Medio mutis.)

MIC. (Sujetando á Juan.) Mientras esté yo aquí, tú no te vas.

JUAN. (Pues ésta lo va á arreglar ahora.) Déjame, mujer, cuando yo me marcho... es porque debo...

MIC. ¿Qué debes?

RITA. Sí señora, debe...

JUAN. ¿Ves? Debo... de irme. Cuestión de delicadeza.

RITA. Este caballerito, ha de saber usted, puesto que le conoce, que le he echado porque no paga.

JUAN. (¡Dios me ampare!)

MIC. ¿Que no paga?

JUAN. Sí, mujer, ¿no lo comprendes? Que no pago á... las atenciones que doña Rita se merece.

RITA. No señor; lo que no paga usted es el pupilaje.

JUAN. (Ahora es ella.)

MIC. ¿El pupilaje? ¿Pero vive aquí Juan?

RITA. ¿Qué Juan?

MIC. Éste.

RITA. Éste es José.

JUAN. (La tormenta arrecia. Chaparrón.)

MIC. ¿Pero tú, no te llamas Juan?
JUAN. Sí.
MIC. ¿Pues cómo esta mujer dice que te llamas José?
JUAN. Es igual.
MIC. ¿Igual dos nombres tan distintos?
JUAN. Sí, mujer; esas son pequeñeces; igual, porque me llamo Juan José.
MIC. ¿Pero no me has dicho siempre que vivías en la calle de la Bola?
JUAN. (Y bola era.)
MIC. ¿Cómo es que ahora resulta que vives aquí?
JUAN. ¿Yo? No.
RITA. ¿Cómo que no?
JUAN. No señora; porque me marcho.
MIC. ¿Y te marchas porque debes? Pues no será, aunque tenga yo que abonar lo que debas.
JUAN. No, mujer; si me voy es porque doña Rita me ha herido. Todavía tengo yo dinero, y en billetes del Banco.
RITA. ¡De ganas! ¡Qué más quisiera usted!
JUAN. Sí señora, yo.
MIC. Oiga usted; si el señor no los tiene, los tengo yo, que es igual.

ESCENA IX

DICHOS y LUCIO

LUCIO. ¡Hombre! Me alegro encontrar á usted.
JUAN. (¡Relámpagos!)
LUCIO. ¿Me quiere usted decir quién ha sido el insolente que se ha permitido entrar en esa habitación? (Primera de la izquierda.)
JUAN. Nadie.
LUCIO. ¿Conque nadie, cuando yo lo he visto?
JUAN. Nadie... porque era yo.
LUCIO. ¿Usted?
JUAN. Sí señor; iba muy de prisa, y en ese momento...
LUCIO. ¿Entró usted cuando se estaba desnudando mi mujer?
JUAN. ¿Y qué? esas son pequeñeces.

LUCIO. Pues esas pequeñeces no las paso. ¿Sabe usted cómo se ha puesto mi mujer?

JUAN. Hombre, cuando yo entré, se había puesto en enaguas.

LUCIO. Y luégo hecha una fiera.

JUAN. ¿Sin ropa alguna?

LUCIO. Sin calma para ver tal insolencia. Así es, que de lo tratado, no hay nada.

JUAN. (¡Demonio!)

LUCIO. Puede usted disponer de la habitación y decirle á su señora...

MIC. ¡Cómo á su señora!

JUAN. (¡El trueno gordo!)

LUCIO. (A Micaela.) Con usted no hablo.

RITA. (¡Qué grosero!)

MIC. Es que esas frases...

LUCIO. A usted no le importan.

JUAN. (Aparte á Micaela.) (¡Cállate, yo te explicaré...)

TADEA. (Dentro.) Lucio...

LUCIO. Voy. (A Juan.) Dentro de un rato me devolverá usted lo que le he dado.

JUAN. (¡María Santísima!)

LUCIO. Y disponga de la habitación. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA X

DICHOS, menos LUCIO

JUAN. (¡Uy, qué mal voy á salir de aquí!)

RITA. (A Juan.) ¿Me quiere usted decir qué significa esto?

JUAN. ¿El qué?

RITA. Lo que pasa en mi casa.

JUAN. ¡Ah! Pues ya lo ha visto usted.

MIC. Lo que hemos visto y oído es que ha hablado de tu mujer, y tú no me has dicho que fueras casado.

JUAN. Sí.

MIC. ¿Que sí?

JUAN. Que sí lo ha dicho, mujer; pero ha sido el otro.

MIC. ¿Y por qué lo ha dicho?
JUAN. ¡Toma... pues por eso!
MIC. ¿Por qué?
JUAN. Porque ha querido.
RITA. ¿Pero usted le conoce? ¿Quién es?
JUAN. ¿No lo ha oído usted? Lucio.
RITA. ¿Y quién es Lucio?
JUAN. ¡Já! ¡já! ¡Tiene gracia! pues ese.
RITA. Pero, ¿por qué razón está aquí, y su mujer se pone en enaguas?
JUAN. Tendrá calor. (¡Ah, me salvé!) (Misteriosamente.) Sin embargo, tenga usted mucho cuidado.
RITA. ¿Por qué?
JUAN. Porque tengo la evidencia de que ese hombre está loco.
RITA y MIC. ¿Loco?
JUAN. Pacífico, pero loco. Yo he cumplido con decírselo á ustedes, y ahora me marcho. (Medio mutis.)
RITA. (Sujetándole.) ¡Ay, no, por Dios! ¡No me deje usted sola con él.
MIC. Tú no sales de aquí.
JUAN. (¡Nada, que no me puedo marchar!)
RITA. Pero ¿está usted seguro de que es un loco?
JUAN. Segurísimo, y si no, juzguen, ustedes. (Llevándoselas misteriosamente á un extremo.) Ya me iba yo á la calle, cuando de pronto suena un campanillazo; abro, y era ese señor, diciendo: «Ya estoy en mi casa.»—¿Cómo en su casa?—contesté yo.—«Sí señor, en mi casa, porque para eso, á usted como amo de ella, le he anticipado cincuenta pesetas.»
RITA. Y usted...
JUAN. Yo... (las cogí), procuré disuadirle; pero no sabe usted cómo se puso, furioso.
RITA. ¿Furioso?
JUAN. Lo bastante para comprender su estado. Después me preguntó por su habitación y se metieron... en esa. (Primera de la izquierda.)

RITA. Pues hay que buscar la manera de que se vayan.
MIC. La que se va á ir de aquí, soy yo, y tú conmigo.
JUAN. No se apuren ustedes; he pensado un medio eficáz.
RITA. ¿Sí?
JUAN. Sí señora; yo ahora .. me voy.
RITA. ¡No, por Dios!
JUAN. A avisar á la pareja, ó al Alcalde de barrio, ó aunque sea al Gobernador.
MIC. Y yo contigo.
JUAN. No, mujer, no dejes á doña Rita sola: hazla compañía hasta que yo vuelva... (sentada.)
RITA. ¿Y si se pone furioso?
JUAN. Para los locos no hay nada como llevarles la corriente; de esa manera son siempre pacíficos. Conmigo se puso así porque yo no lo sabía, pero ustedes... Nada, me voy y en seguida vuelvo... (la espalda. Al fin pude escapar.) Vuelvo.

ESCENA XI

DICHOS, LUCIO y TADEA

LUCIO. ¡Oigan usted! Antes devuélvame usted el dinero, porque nos vamos.
JUAN. (¡Dios me ampare!) ¿Tan pronto?
MIC. (A Juan.) (No le sugetes.)
LUCIO. Ahora mismo.
JUAN. Yo creo que no existan motivos para que tomen ustedes una resolución tan enérgica, cuando todo ha sido una pequeñéz.
LUCIO. ¿Es decir que entrar en una habitación, es?...
JUAN. Una pequeñéz.
LUCIO. Y ver á mi mujer en enaguas...
JUAN. Otra pequeñéz.
LUCIO. Pues para usted todas son pequeñeces.
RITA. Bueno, después de todo, ¿qué quieren ustedes, irse?

LUCIO. Si señora.

TADEA. Pero en seguida.

RITA. Pues no sé que esperan ustedes.

LUCIO. Esperamos sólamente á que este caballero, (Por Juan.) nos devuelva las cincuenta pesetas que le he dado.

JUAN. (Aparte á doña Rita.) (Sigue con la manía; no le lleve usted la contraria.)

LUCIO. (A doña Rita) Y á usted no sé quién la mete en estas cosas.

RITA. Me meto, porque debo; yo soy la dueña de esta casa.

LUCIO. ¿Usted?

RITA. Sí señor.

LUCIO. Luego es usted la esposa de este caballero. (Por Juan.)

JUAN. Sí, sí señor, esta es mi esposa, doña Rita del Olmo.

RITA. ¿Yo?...

JUAN. (Aparte á doña Rita.) (Cállese usted; no le lleve la contraria)

RITA. Servidora.

MIC. Ni aun en broma consiento que digas tal cosa.

JUAN. ¿El qué?

MIC. Que seas casado; porque á mí me has dado palabra de casamiento.

JUAN. (María Santísima.)

LUCIO. ¿Pero no está usted casado con esta señora? (Por doña Rita.)

RITA. Sí señor.

MIC. Diga usted que no.

JUAN. Diga usted que sí; hace tiempo que me he unido á esta señora. (Por doña Rita.)

MIC. ¿Por dónde?

JUAN. ¿Por dónde ha de ser? Pues por la iglesia. (Aparte á Micaola.) (Me vas á perder; ¿no sabes que es una manía que tiene?)

LUCIO. (¡Malo! ¡Malo! Aquí hay gato encerrado.)

JUAN. (A Lucio.) (No le haga usted caso, ya habrá usted comprendido que su cabeza no está muy firme.)

LUCIO. Pero su señora de usted, ¿cómo es que consiente?...

JUAN. (Porque ya la conoce... y además, porque es muy buena. Ya la irá usted conociendo y...

LUCIO. ¿Quién? ¿Yo? No señor; he resuelto marcharme ahora mismo y me marcho.

RITA. Pero...

LUCIO. Ni pero ni camuesa; señora, he dicho que me marcho, y me marcho.

RITA. Bueno.

LUCIO. (A Juan.) Conque haga usted el favor de darme eso.

JUAN. ¿Quiere decir, que están ustedes resueltos á marcharse?

LUCIO. ¿No le he dicho á usted que en seguida que nos devuelva el dinero?

JUAN. (No, pues yo no se lo doy.) Es el caso que en este momento no le tengo. (Aparte á Lucio.) (Se lo he dado á mi mujer.)

LUCIO. (Pues pídaselo usted.)

JUAN. (Ahora mismo.) (Aparte á doña Rita.) (Ya vé usted cómo se le ha puesto entre ceja y ceja lo del dinero, y si no se lo damos, él nos va á dar la lata.)

RITA. (¿Y qué quiere usted, que encima le demos dinero?)

JUAN. (No señora, sino con el pretexto de ir por él, lo que voy á hacer es llamar por la ventana del comedor al portero para que avise á la pareja, porque si no, no se marchan.)

RITA. (Pero encárguele usted que venga pronto.)

JUAN. (No hay necesidad; ese cuerpo es muy diligente siempre que se le necesita.) (A Lucio.) Pues nada, ya que se empeñan ustedes en marcharse, les traeré el dinero. (Medio mutis.)

LUCIO. ¡Cá, hombre! Usted no se mueve de aquí. Estaría gracioso que me quedara sin las cincuenta pesetas; y cuente usted conque don Ceferino lo sabrá todo.

JUAN. (¡Ay, Dios mío!)

RITA. ¿Don Ceferino ha dicho usted? ¿Pero es usted el recomendado de don Ceferino?

LUCIO. ¿No lo sabia usted?

JUAN. (Aquí va á ver un ciclón.)

LUCIO. ¡Pues si desde que he entrado lo he dicho!

RITA. ¿A quién?

LUCIO. A su esposo de usted.

JUAN. (¡María Santísima!)

LUCIO. Al señor. (Por Juan.)

RITA. Este no es mi esposo.

LUCIO. Pues usted dijo antes que lo era.

RITA. Porque él me aseguró que estaba usted loco; y por no llevarle la contraria...

LUCIO. ¿Yo loco? ¡Caballero!

JUAN. (Ahora me da dos estacazos.)

MIC. (Aparte á Juan.) (Mira que eres charrán.)

JUAN. (No me hables de eso.)

LUCIO. (A Juan.) ¿De modo que es usted un estafador y un...? ¿pero se puede saber qué pito toca usted en esta casa?

RITA. Ninguno, señor mío; este sujeto es un canalla que me debe tres meses de pupilaje.

LUCIO. ¡Hola, hola! ¡Déme usted los diez duros!

JUAN. Voy por ellos. (Medio mutis.)

TODOS. ¡No!

LUCIO. Nosotros iremos con usted.

MIC. ¡Oígan ustés! ¡pues no se ponen poco pelmas! Este caballero les devolverá el parné, porque es muy decente.

LUCIO. (Ya lo he visto.)

MIC. Y la decencia para mí es lo principal; por eso tengo relaciones con él.

LUCIO. (Pues vas aviada.)

MIC. Y sepa usted que yo respondo de sus obras.

LUCIO. ¡Bueno! Pero los diez duros...

JUAN. Aquí los tiene usted, hombre. (Dándoselos.) No parece sino que me voy á ir del mundo por semejante pequeñéz.

LUCIO. ¿A esto le llama usted una pequeñéz?

JUAN. Justo, una pequeñéz.

LUCIO. ¡Canario, con las pequeñeces!

JUAN. Desengáñense ustedes, que en el mundo todas son pequeñeces, menos una.

LUCIO. ¿Cuál?

JUAN. (Señalando al público.) Esta.

Ya que cometí mil veces
tantas y tantas torpezas,
dame un aplauso... y con creces
convierte mis pequeñeces
en grandezas. (Telón.)

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.